

# No sé

A Fernando Bravo.  
A José Canal.

No sé de dónde vendrán,  
de qué vientos, tantas lágrimas.  
Si voy midiendo mi historia  
no es para llorar palabras,  
ni para reír, si acaso  
para mojarme en nostalgias  
o quedarme serio y triste  
ante la Vida o la Nada.

No es para llorar y lloro  
y es que no sé qué me pasa,  
no sé ni por qué hago versos  
cuando más me duele el alma.

JESÚS DELGADO

## Dedicatoria

### para un paisaje

El corazón de la tarde se ha muerto, amigo mío,  
quedándose en los ojos una densa tristeza.

Hemos soñado tanto, tan honda y largamente;  
hemos soñado tanto en la caricia fresca,  
en la boca frutal, en la mano graciosa,  
en el silencio virgen,  
en el beso transido...  
hemos soñado tanto, tan honda y largamente,  
que ahora el inaudito crepúsculo nos hiere,  
nos asombra con su delgada luz,  
nos sobrecoge con su ausente alegría,  
nos colma con su fino silencio,  
agudísima luz, incisivo silencio.

El corazón de la tarde se ha muerto, amigo mío.

JUAN ANGEL IGLESIAS

# CACERES y BADAJOZ

## VIEJAS CIUDADES ESPAÑOLAS

### EL URBANISMO Y EL ESPIRITU

**N**o me había ocurrido el apartarme en pleno verano de estas regiones norteñas para llegar, rápida y fugazmente, a través de Castilla, hasta Cáceres y Badajoz.

Es aquí todo abigarrado y cosmopolita en el verano. En la ciudad nueva surgida de las ruinas humeantes de la vieja puebla, extranjeros y veraneantes ávidos de playa y mar rivalizan con los aborígenes en brevedad de vestidos y promiscuidad de costumbres fáciles y, salvando las diferencias que la naturaleza misma estableció entre cada playa, costa, montaña, ribera o bahía, difícil sería establecer una distinción entre lo que añadió el hombre a estas nuestras y a sus vecinas españolas o a sus afines de la costa Brava Catalana, la azul traspirenaica o las de Florida o California.

Y, por el contrario: ¡cuán distintas surgieron en la llanura las agujas de la Catedral de Burgos, y al caer la tarde que los doraba, cómo se percibían a lo lejos, cruzado el Tormes y camino de los Arapiles, los innúmeros campanarios de Salamanca y qué genuino y entrañable aparecía cada lugar con sus eras y sus alcores y su iglesia majestuosa y qué característica aquella llanura, los otros dilatados páramos austeros, los encinares que se remontan por los cerros que se pierden en la lejanía, los alcornos que se bañan al sol; aquellas callejuelas del Cáceres viejo entre morisco y blasonado, la vega del Guadiana con la puerta de las Palmas por cancel y la muralla rubia y las casuchas blancas y las torres bermejas de la capital de la baja Extremadura! ¡Y, pese el mayor calor, cuánto más propios y españoles aquellos aldeanos bien vestidos en el sentido de cubierta sus carnes volviendo de la trilla o al frescor de la tarde en la plaza, que los norteños a la moda de atuendos abreviados!

Esta impresión colorista de un viaje fugaz, no vendría a cuento si no se relacionara con cierta discusión a la sombra de un patio extremeño. No fué sobre labores campestres, ni ganaderas. Más o menos las suscitaron unos honrados vecinos a propósito del derribo de la muralla pacense y de cierta gran vía proyectada. Afirmaron que la iniciada demolición, el relleno de los fosos y los vastos planes municipales fundados en aquellas destrucciones y las sucesivas,